



Alberto BUELA: *Iglesia en América: una visión profana*. Ed. Cultura et Labor, Buenos Aires, Argentina, 2011.

Luis María Bandieri, Argentina.

Alberto Buela, experto en armas de construcción masiva, ha lanzado al ciberespacio un misil titulado "Iglesia, una visión profana". Tuvo la inmensa gentileza de pedirme algo así como un estudio introductorio. Pero el pensamiento de Buela, y su peculiar estilo para expresarlo, no necesitan de interposiciones. Por eso, me voy a permitir sólo una apostilla, una nota al pie del notable aporte de Alberto. Él se llama a sí mismo *arkeguéta*, uno que esta siempre principiando, porque conoce bien los principios, pero, nos dice también la expresión, uno que es un fundador. Alberto quiere echar los fundamentos de una comprensión del mundo desde la ecúmene iberoamericana, por encima tanto de un pensamiento meramente epigonal o del budoque ideológico o de las simplificaciones nac&pop. Un camino alto y difícil, que sigue por la huella de una tradición cuya principal figura podría ser Nimio de Anquin.

Esta ecúmene iberoamericana se edifica con la argamasa del catolicismo romano, recibido en versión pretridentina de la hueste que se fue desparramando por nuestro continente. La "invención de América"-para usar la expresión del mexicano Edmundo O'Gorman- es un proceso que nace con las últimas luces del siglo XV y se va fraguando con diversas proporciones de lo indígena, en sus variopintas expresiones, de lo hispánico y europeo, de lo africano, y de lo que llega luego del Mediterráneo oriental y del lejano Este asiático, hasta terminar en un producto original y único. No es una ensaladera multicultural, donde todo se confunde pero nunca se sintetiza, y donde cada grupo, tomando sus deseos por realidades, porque cree en la realidad de sus deseos, los reivindica como derechos absolutos a "su" identidad. No es tampoco un sincretismo de gabinete, donde las particularidades que conformaron aquel producto original y único deban quedar inhumanamente aniquiladas en nombre de un resultado supuestamente puro. Por otra parte, en ese producto original que es Iberoamérica, o América Románica, como otros la llaman, todos los elemen-

tos que contribuyeron a su formación resultan también originarios. No hay posibilidad de jactarse de autoctonías más valiosas que otras. (Los mitos de la autoctonía, por otra parte, han sido bien estudiados respecto de los atenienses, por ejemplo, como fundamento de su hegemonía sobre las demás *póleis* griegas). Incluso, los hallazgos de los restos más antiguos del hombre en América muestran que sus marcadores genéticos no coinciden con los de los pueblos indígenas llamados "originarios", cuyas semejanzas, en cambio, con lo yakut siberianos son bien conocidas. La originalidad de América, entonces, estaría en el constante carácter alóctono -y no autóctono- de sus poblaciones.

La otra originalidad destacable, sobre la que Buela insiste, es que la diversidad de componentes se transformó en unidad compleja, no uniforme ni monocolor, por acción de aquel catolicismo de impostación medieval que nos vino del otro lado del charco. Podemos usar, respecto de este aglutinador, las imágenes del cemento o, si se quiere, del agente catalítico que aceleró la síntesis de los diversos elementos, permaneciendo él mismo inalterado. Por eso, anota nuestro Alberto, los europeos pueden, en su crisis, remontarse a la paganía, a griegos, latinos, celtas o godos, y encontrar allí mensajes válidos, porque el cristianismo llegó a una Europa que ya estaba histórica y culturalmente conformada. El americano, en cambio, no puede remontarse culturalmente más atrás del catolicismo, en términos de su identidad cultural. Un catolicismo asumido vitalmente, insisto en la *forma mentis* iberoamericana, más allá de la práctica e, incluso, de la creencia efectiva. El iberoamericano, sea que crea, que dude o que no crea, vive sobre un subsuelo cultural católico.

Entonces, cuando nuestro Alberto observa que en los grandes centros del llamado Occidente se comienza a describir a la Iglesia Católica como una asociación ilícita que, bajo pretexto de difundir la buena nueva se orienta a promover y practicar la pederastía, teniendo como cabeza a quien preside de blanco el Vaticano, se cabrea con buenas razones, porque, como iberoamericano, esa campaña le está serruchando su piso cultural. Aparece aquí un laico

preocupado, que piensa desde nuestra ecúmene, y reacciona no como reflejo clerical—al contrario, Buela observa la tibieza defensiva de los circuitos propiamente clericales en el caso— ni siquiera como rebote de un creyente. Es la respuesta desde el núcleo duro de nuestra peculiaridad iberoamericana, que pretende desenmascarar los intereses que se entrelazan detrás de la campaña difamatoria.

La Iglesia romana se titula universal, católica, pero, en disonancia con el crepúsculo de la modernidad, no es una fuerza globalizadora; antes bien, aparece como un obstáculo, un katéjon, a la uniformización planetaria de la globalización. Ello ocurre incluso más allá y hasta en contra de los discursos de muchos de sus voceros. Estas confusiones se observan, por ejemplo, en lo relativo a la religiosidad substituta, propia del signo globalizante, que es la ideología de los “derechos humanos”. La globalización del derecho es una empresa destructiva del jus de raíz romana, porque todo derecho es tópicos, esto es, se modela en un tópos, en un lugar y bajo una modulación determinadas. La Humanidad como sujeto de derecho no existe o, mejor, como decía Proudhon, quien la invoca quiere engañar. Los “derechos humanos” sólo pueden proclamarse globalmente a condición de admitir el derecho a descreer de su universalidad. Existen derechos esenciales del hombre¹, asociados a su naturaleza y a la naturaleza de las cosas, pero en todos lados se manifiestan y modulan diversamente. Pero, fuera de estas trampas y equívocos, confusamente adoptados, la Iglesia romana aparece como una rémora obstaculizadora al proceso general de la globalización, de la uniformización monocolor del mundo, cuya intención final es reconducir forzosamente el necesario pluriverso cultural, político y jurídico a un uni-verso, a un solo centro de dirección.

De allí que el campo de choque con la Iglesia se dé, principalmente, allí donde la globalización plantea la uniformización pansexualista, que representa la muerte del eros, la *paideia*, la familia y el terruño, cercenados en sus bases antropológicas y biológicas, para las que se propicia una pura y simple mutación. Los matrimonios homogamos y las fecundaciones heterólogas, el útero en los avisos de alquiler, la madre single porque el padre resulta figura anacrónica e inútil, la adopción por parejas homosexuales, con cruces de

semen donado y óvulos comprados, y lo erótico reducido a masturbación asistida, son apenas ejemplos de esta revolución globalizadora en marcha implacable. El viejo dicho español afirmaba que no le puede negar un cigarrillo a un pobre y un polvo a una mujer. Reformulado al día de hoy, diríamos que no le puede negar a nadie una donación anónima de esperma, aunque sí un cigarrillo, por eso de la salud. Alguien ha resumido este pansexualismo diciendo que en él todo está permitido, siempre que se haga debidamente protegido de dos enfermedades: del SIDA, para lo que sirve el condón, y del embarazo, para lo que sirven aborteros cada vez más refinados.

El único tabú que resta es la pederastia, y allí estamos todos de acuerdo, en tren de mantener algo. Pero sospecho, tras la lectura del alegato de Buela, que se considera un mal la pederastia porque se supone que es un pecado y un delito propiamente clerical. Si no se considerase así, seguramente que encontraríamos numerosos y poéticos propugnadores de ella, como adorno existencial de la progresía. Pero hoy sirve para descalificar moralmente a la Iglesia, para “ensuciar la sotana blanca”, como dice Buela. Es obvio que ninguna de estas afirmaciones pretende justificar o cubrir a los pederastas existentes en el seno de la Santa Madre, como bien deja en claro Alberto. Pero se trata de advertir claramente cuáles son las intencionalidades de la campaña. No se combate a los pederastas que están en la Iglesia; se combate a la Iglesia, rémora obstaculizadora de la homogeneización global, porque tiene pederastas.

Uno de las devastaciones que esta campaña bien montada está produciendo es la destrucción de la *paideia*, que la Iglesia había heredado del mundo clásico. La *paideia* era el modelo educativo griego, que los romanos tradujeron como *humanitas*. La *humanitas* romana, al contrario de la “Humanidad” globalizadora, era una fuente creadora de diversidad. Entre las *humanitates* que se desarrollaron en el mundo, una fue la *humanitas* iberoamericana, que trajo de la mano a estas tierras aquel catolicismo basal. Uno de sus máximos representantes se llamó Garcilaso de la Vega Inca. Cada *humanitas*, en el prodigio de su diversidad, iba configurando un *paideuma*, un contenido esencial de cada ecúmene cultural,

1 Ya los juristas romanos indicaban que hombre, *homo*, incluía al hombre y a la mujer, como expresión universalizadora. El varón propiamente dicho se manifestaba con el vocablo *vir*.

que la enseñanza, la *paideia*, transmitía, a través de una relación especial de autoridad intergeneracional entre enseñante y enseñado. La Iglesia fue la heredera de la *paideia* y de la *humanitas* clásica. Hoy aquella relación especial ha entrado en el cono de la sospecha. La enseñanza toma distancia, aleja al maestro del estudiante y pronto la relación cara a cara se sustituirá con la de telecomando y pantalla. La *paideia* es una antigualla o, quizás, tapadera de perversiones.

No sé si estas notas resumen e interpretan acabadamente la riqueza del planteo bueliano. Abra en confianza la puerta y enriquezcase directamente el lector.

Carlos Thorne. *Yo, San Martín*. Prólogo de Abel Posse. Madrid, 2011.

Graciela MATURO, Argentina.

Agradezco a mi viejo amigo Carlos Thorne el haberme elegido como presentadora o comentarista de su libro *Yo, San Martín*. Conozco su trayectoria, su talento, sus trabajos históricos y literarios. Sus novelas *Papá Lucas*, *El Señor de Lunahuaná*, *El encomendero de la adarga de plata*, tomaron el rumbo de la novelización americana que enlaza tiempos y espacios en una tarea de comprensión de nuestra realidad, revelándolo como un gran intérprete de la historia y un señor del estilo.

Pero en su camino de hijo del Perú se hallaba sin duda este personaje que a todos los sudamericanos nos pertenece: José de San Martín. Un gran novelista encontró a su héroe, y en tal sentido comparto lo asentado por otro grande de nuestras letras, Abel Posse, en su breve prólogo: Escribir esta novela poética estaba seguramente en su destino. Hay en efecto algo destinal en este encuentro del escritor con un personaje al que puede dar carnadura porque ha pasado por los filtros de su propia interioridad. Captar, recrear, comprender, es sin duda más importante que discutir o analizar. Tal el acto del novelista, amoroso en esencia, que nos aboca como lectores al difícil discernimiento de las fibras del escritor entremezcladas en el retrato de su personaje.

Y debía ser en el Perú, a mí ver, donde se emprendiera esta tarea de plena recuperación del héroe histórico, no en la Argentina –donde hace poco tiempo se escribió una historia infamante– ni en Chile, Bolivia o el Uruguay, también ligados a la gesta emancipatoria del Capitán. En el Perú que conoció a San Martín en el apogeo de su gloria, que lo

veneró como gobernante y de él recibió gestos, leyes e iniciativas de conductor y de maestro. Con ese reconocimiento colectivo viene enriquecido Carlos Thorne cuando aborda, con el esfuerzo del historiador, el amor del discípulo y la destreza del escritor maduro, esta empresa novelística. Arduo ha sido desbrozar los documentos, cartas, actas y testimonios de distintos archivos y repositorios. Pero más difícil era descongelar ese material, insuflarle vida, pasión, aliento, hacerlo sensible y creíble para nosotros los lectores, descubrir su cuota de verdad y humanidad.

Carlos Thorne se impuso ese desafío: ser leal a la documentación existente, y servir a esa otra verdad más honda de lo histórico, esa que no figura en el museo ni en las actas notariales. Porque es tarea poética, es decir de escritor, esa comprensión profunda de lo histórico que insume necesariamente al novelista porque es una tarea que llamaría –sin caer en tecnicismos– de la inter-subjetividad, del encuentro, del descubrimiento del otro en el sí mismo, o del sí mismo en el otro.

Pero dejemos estas disquisiciones y abordemos esta obra excepcional, que nos acerca a un San Martín anciano, próximo a la muerte –el escritor se ha preocupado de asentar la fecha: 2 de agosto de 1850– que arrastra una silla para sentarse frente al mar, recordando su vida. Y se produce el milagro, podemos escuchar su voz, esa voz de viejo todavía aguerido, la voz del padre, el joven, el militar, el galán, el esposo, el soñador, el conductor.

En esta soledad he sentido el aullido de la muerte dice Don José, acariciado por la brisa marítima que hace ondular su poncho americano. Un San Martín sin rencores, transfigurado, ecuánime, va a desplegar los recuerdos de su vida, desde el Yapeyú de la niñez hasta el destierro en la bella Francia.

En 15 capítulos sabiamente administrados, Carlos Thorne va desgranando los años de San Martín desde que sale de España –de la España por la que ha luchado– con pasaporte inglés, pasando por encuentros, batallas, sufrimientos, saraos, e intimidades, hasta el presente de su lúcido final.

La rememoración, para los antiguos, adquiriría el carácter de lo sagrado. El encuentro con el devenir, en la intención de recapturar lo esencial, rescatándolo del deterioro, era una actividad constituyente de la persona, un triunfo contra el olvido. En este caso aparecen en el horizonte dos móviles: asentar algunos hechos y juicios que responden a la necesidad de dejar un testimonio, y ajustar cuentas

consigo mismo, como lo hace todo buen cristiano, en la proximidad de la muerte.

Una voz castiza y sin alambicamientos, una voz argentina, sudamericana, peruana si cabe, nos acerca ese devenir en momentos fulgurantes y variados, públicos e intimistas. Una voz que asume plenamente la primera persona del título, o la segunda del monólogo interior, del hablar consigo mismo. Voz que sin perder la universal riqueza del español, acusa los matices de la irrenunciable patria sudamericana del personaje, y de la reconocible patria del autor que hace gala de una sobria riqueza idiomática. Es muy bello recuperar el idioma en su versión prístina, expresiva, carente de empaque; ese idioma, el castellano americano, que hoy es maltratado y empobrecido en nuestras grandes ciudades.

El yo del monólogo interior, en alternancia con el tú que lo interpela, nos va llevando con sutiles matizaciones a los diferentes momentos de la vida del héroe, y en cada uno de ellos surge un presente que anima la escritura y hace vividas las escenas ante nuestros ojos. Ello ofrece oportunidad para la inserción ocasional de otras voces, preguntas y respuestas que otorgan vivacidad al relato.

Daré un ejemplo: "Tú habías trepado en las jarcias y ayudado a desplegar la vela de la verga mayor del palo de proa, para recibir mejor el viento, también habías ayudado junto con Holmberg y Arellano a desaguar la cubierta grasosa del pañol. El cocinero trae un frasco de higos secos, el capitán los ofrece con mucha cortesía, primero a Doña Carmen y luego a ti. Es la víspera del 25 de febrero de 1811 y tú mañana cumplirás 34 años".

Van sucediéndose los momentos del pasado y las detenciones del presente, que integran un itinerario público y un recorrido personal, sin presentarse separadamente. Pero sobre todo va desplegándose ante nuestros ojos la personalidad moral de José de San Martín, su perfil interior no eminente ni marmóreo sino sencillamente humano, atravesado por algunos errores y debilidades pero en lo fundamental, tocado por la grandeza. No son los intereses personales ni los apetitos mundanos los que movilizan a este hombre austero, soñador, algo triste, sino su raigal amor a la Patria y su aceptación del destino. Esta aceptación, de carácter religioso, siempre desborda la voluntad individual: es un pacto tácito del hombre con la Providencia divina. El lector percibe este pacto destinal que otorga fuerza al personaje en medio de sus contingencias y flaquezas. Siente la proximidad afectiva del nombre que ha obedecido a un llamado, y se mantuvo ajeno

a la solemnidad, el orgullo y el engolamiento de los mediocres.

El cuerpo frágil es azotado por dolores y enfermedades, que sólo la fuerza del carácter es capaz de ordenar y sobrellevar.

Y se dice a sí mismo: Tú no puedes olvidar que naciste en una reducción de indios donde los jesuitas cultivaron hermosos hierbales, huertos y muchos jardines, y que lo lograron domando la feracidad de estas tierras, merced a la disciplina que corrige las pasiones. Esa voz interior es un yo ético que le habla continuamente en la hora última, organizando la totalidad de sus recuerdos y haciendo vivo el testimonio de una vida cumplida. Es en cierto modo una introspección y una defensa, el testimonio de haber respondido plenamente a la vocación.

Y pasa revista a la condición moral de los otros, al débil patriotismo de algunos funcionarios, a la ambición de otros, a la vanidad de embajadores y militares que trataron con él, obstaculizaron sus planes, mezquinando a veces los recursos, accediendo a medias a su obstinación. El lapso, no muy largo, de los servicios de San Martín a la Patria, es repasado con ayuda de cartas y documentos que el novelista supo animar y reinterpretar.

La pregunta es una modalidad que se reitera en el discurso de Carlos Thorne, y con toda evidencia es algo más que un recurso retórico: es la expresión de juicios no definitivos, de cuestiones morales e históricas no totalmente resueltas. Hay asuntos que la propia historia ha dejado abiertos, mostrando que la vida humana no es un teorema matemático y que la grandeza no es ajena al error y la labilidad del hombre.

Como lectores, compartimos el punto de vista del soldado, el héroe doliente que exige al máximo sus fuerzas corporales, el esposo, el hombre sensible a la solicitud de algunas mujeres, el solitario, el hombre de gobierno tanto en Mendoza como en el Perú. Vemos nítidamente a San Martín en los años en que le tocó actuar, conocemos una vez más las incomprensiones que sufrió, las causas profundas que lo llevaron al destierro.

Y también conocemos al filósofo introspectivo -entretreído entre Carlos Thorne y José de San Martín- que reflexiona con la sutileza de un Pascal o un Montaigne sobre la inteligencia y las pasiones, sobre la diversa y contradictoria condición humana, sobre la fidelidad a una tierra, sobre el amor, la libertad y el pecado, sobre el enigma del tiempo.

Las olas del mar septentrional y la brisa del atardecer vuelven como estribillos poéticos en ese largo y diversificado monólogo del héroe ya casi descarnado, que deja su testimonio. Thorne ha desnudado la personalidad de San Martín y ha novelado su vida a partir de la técnica de la remembranza, sin eludir espinosos tramos de su gesta, e incluso el delicado tema del encuentro de Guayaquil en que se enfrentaron los Libertadores. Todo desfila en un discurso más lírico que épico, que si bien hace lugar a descripciones realistas de batallas o aprestos pronto los envuelve en la mirada de un capitán que denuncia la inmoralidad de la guerra.

La narración se diversifica en diálogos, hace lugar a otros sujetos, inserta cartas históricas y otras inventadas, al menos una. Conoce nuestro amigo el papel heurístico de la imaginación que otorga valor a la actividad del escritor en aquellos huecos donde ha faltado el documento, y se ejerce aún sobre el documento mismo, al recrearlo imaginariamente.

José de San Martín, desprendido del bronce, alcanza extraordinaria estatura moral a partir de su introspección rememorante y filosófica. Establece, sin pregonarlo, un claro contraste con figuras históricas penetradas por la soberbia o el afán de poder. La obra literaria siempre es leída desde el presente del lector, siempre es reconocida desde el marco de la historia presente.

Carlos Thorne nos condujo a lo largo de veinte años en que su personaje estuvo vivo y actuante en América, pero nos libra a su incorporación desde el siglo XXI, desde nuestro ahora difícil y conflictivo. Tal el triunfo hermenéutico de la novela sobre la historia documental. Siempre será la suya una lectura personal de la historia, una lectura comprometida, silenciosamente opinante, que reclama del lector una respuesta. Así el texto, cuyo nombre quiere decir tejido, se convierte también en un entretejido de subjetividades, la del autor, la del personaje en este caso histórico, la del lector, convocado a su turno. No se trata pues de texto como cosa dispuesta al análisis sino de un juego conversacional entre sujetos.

Mucho más podríamos decir de esta obra magnífica y oportuna, iluminadora, provocadora. Pero deberemos escuchar a otro gran novelista – Abel Posse– también abocado en su labor a sucesos y a personajes históricos, que seguramente hallará en ella otros aspectos dignos de atención.

Sólo me queda agradecer al consumado escritor, historiador y amigo esta obra nacida de su

amor a la verdad y a la patria americana, que compartimos.

Jonatan Alzuru (Comp.). *Fragmentos de un hacer*, Caracas, Edit. Bid & Co, 2010.

Rigoberto LANZ, UCV, CIPOST, Caracas.

"Esta tónica dialogante es requisito básico de una cultura democrática que compromete la posibilidad misma de producir otro modo de pensar".
CIPOST.

El Centro de Investigaciones Post-Doctorales (CIPOST) comienza el año presentando el libro (*Fragmentos de un hacer*, Caracas, Edit. Bid & Co, 2010) que resulta de los diferentes eventos vinculados con la celebración del veinte aniversario de su fundación. Se trata de una compilación de textos coordinada por el amigo Jonatan Alzuru donde se ha logrado congregarse una matizada muestra de sensibilidades y cadencias intelectuales muy propias de los estilos de trabajo que se propician desde siempre en el CIPOST.

De publicaciones algo hemos trajinado en todos estos años en la experiencia del CIPOST. De ello habla su *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (RELEA) y cientos de libros que testimonian el vigor de un espacio volcado a la promoción del debate teórico y a la búsqueda de horizontes intelectuales más allá de las contingencias de la nunca bien ponderada "realidad concreta". La acumulación de dos décadas de quehaceres intelectuales de variable intensidad ha hecho posible que hoy podamos celebrar la publicación de este libro emblemático.

Generaciones cruzadas hablan con sus propias miradas de los nudos problemáticos que inquietan desde siempre. Las contribuciones reunidas en este volumen combinan de un modo singular lo que es la traza de voces veteranas que han perfilado el *locus* de este centro de investigación (Enzo Del Bufalo, Julia Barragán, Miguel Ron Pedrique) y el ejercicio de nuevas aproximaciones portadas en la gente que se ha ido formando al calor de esta peculiar experiencia (Rafael Hurtado, Luis Alberto Bracho, Rayda Guzmán) Se combinan igualmente contribuciones de amigos con los que el CIPOST ha compartido agenda desde el exterior (Roberto Follari, Alejandro Romero) con aportes de colegas que han estado vinculados de variadas formas a la historia del CIPOST (Jesús Puerta, Pedro Alzuru, Eric Del Bufalo, Miguel Ángel Latouche) y amigos que han compartido la pro-

pia convocatoria de la jornada aniversaria (Felipe Herrera, Armando Rojas Guardia).

El libro *Fragmentos de un hacer* incorpora además un texto memorable del entrañable amigo Miguel Ron Pedrique, quien había aprovechado su distendida estancia en la isla de Margarita para escurriñar de nuevo sobre mis libros y volver con otros brios al pacto de caballeros “*de criticarnos sin tregua o compasión*”. Había escuchado la lectura de este ensayo hecha por el propio Miguel en la ocasión del homenaje que el amigo Yonnis Hidalgo y el CIPOST inventaron en Maturín para re-encontrarnos. Pero no es lo mismo oír que leer, por eso ahora podemos calibrar con más calma el grado de elaboración intelectual que había puesto el amigo en ese minucioso viaje por mis propias andanzas teóricas. No nos alcanzó el inefable tiempo para cruzar mis propias conjeturas sobre el laborioso trabajo hermenéutico de Ron Pedrique. Tal vez lo haga en solitario porque además son muchos los amigos cómplices que han seguido de cerca esta aventura. Qui-

zás me conforme con el clima gozoso que ya se produjo y tome como pretexto el ensayo de Miguel para seguir pensando. Es de esa manera que asumimos desde siempre el compromiso de interrogar las fortalezas y las consagraciones.

Los tiempos cambian, van y vienen nuevos actores, las preguntas han mudado su sentido porque los caprichos de la historia y la “huelga de acontecimientos” (Baudrillard) deshilachan lo que parecían tejidos terminados. Ese es el dibujo abrupto y enigmático de la incertidumbre y es precisamente allí donde se ejercita la experiencia primera de dudar, de interrogar, de tantear.

En cualquier caso, la lectura del libro en su conjunto, con su mosaico de miradas y trayectos biográficos variados, ofrece una rica oportunidad para lectores acuciosos que buscan algo más que consuelos del alma y letanías edificantes.

Brindemos, una vez más, por el placer del texto, por la infatigable voluntad de tanta gente que anda buscando—todavía—otros modos de pensar.